
EJERCICIO DE PERFECCION

Y

VIRTUDES CRISTIANAS.

PARTE PRIMERA.

TRATADO PRIMERO.

DE LA ESTIMA, DESEO Y AFICION QUE HABEMOS DE TENER Á LO QUE TOCA Á NUESTRO APROVECHAMIENTO ESPIRITUAL, Y DE ALGUNAS COSAS QUE NOS AYUDARÁN PARA ELLO.

CAPÍTULO I.

Del aprecio y estima que habemos de tener á las cosas espirituales.

En el capítulo VII de la Sabiduría dice el Sábio : *Optavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me spiritus sapientiae, et preposui illam regnis, et sedibus; et divitias nihil esse duxi in comparatione illius, nec comparavi illi lapidem pretiosum; quoniam omne aurum in comparatione illius arena est exigua, et tamquam lutum estimabitur argentum in conspectu illius.* Deseélo, y fueme dado sentido; pedílo á Dios, y vino en mí el espíritu de la sabiduría, y túvela en mas que los tronos y cetros reales; y las riquezas no las estimé en nada en comparacion de ella,

ni las piedras preciosas; porque todo oro en su comparacion es un poco de arena, y la plata es como lodo delante de ella. La verdadera sabiduría, en que habemos de poner los ojos, es la perfeccion, que consiste en unirnos con Dios por amor, conforme á aquello del apóstol san Pablo, ad Colos. III, v. 24 : *Super omnia autem hæc, charitatem habete, quod est vinculum perfectio- nis* : Sobre todas las cosas os encomiendo la caridad, que es vínculo de la perfeccion, y nos junta y une con Dios. Pues la estima que dice aquí Salomon que tuvo de la sabiduría, esa habemos de tener nosotros de la perfeccion, y de todo lo que sirve para ella. En su comparacion todo nos ha de parecer un poco de arena, y

un poco de lodo y estiércol, como decia el mismo Apóstol, ad Philip. III, v. 8: *Omnia arbitror ut sterco- ra, ut Christum lucrifaciam.*

Este es un medio muy principal para alcanzar la perfeccion; porque al paso que anduviere esta estima en el corazon, á ese paso andará nuestro aprovechamiento, y toda la casa y toda la Religion. La razon de esto es: porque segun es la estima en que tenemos una cosa, segun eso es el deseo que tenemos de ella: porque la voluntad es potencia ciega, y sigue lo que le dicta y propone el entendimiento; y conforme á la estima y aprecio en que se lo pone, conforme á eso es la voluntad y deseo de alcanzarlo: y como la voluntad es la reina, y la que manda á todas las demás potencias y fuerzas del alma, interiores y exteriores, segun es la voluntad y deseo que tenemos á una cosa, suele ser el procurarla y poner los medios, y hacer las diligencias para alcanzarla; y así importa mucho que la estima y aprecio de las cosas espirituales, y de lo que pertenece á nuestro aprovechamiento, sea grande, para que la voluntad y el deseo de ello sea grande, y la diligencia para procurarlo y alcanzarlo sea tambien grande; porque todas estas cosas suelen correr á las parejas.

El que trata en piedras preciosas, es menester que conozca y estime su valor, so pena de ser engañado; porque si no lo conoce, ni

sabe estimar, trocará y venderá alguna piedra de gran precio por cosa de muy poco valor. Nuestro trato es en piedras y margaritas preciosas: *Simile est Regnum Cælorum homini negotiatori, querenti bonas margaritas.* Matth. XIII, v. 45. Somo negociadores del reino de los cielos; es menester que conozcamos y estimemos el precio y valor de la mercadería en que tratamos, para que no seamos engañados, trocando el oro por el lodo, y el cielo por el suelo, que seria enorme engaño; y así dice el profeta Jeremías, c. IX, v. 23: *Non gloriatur sapiens in sapientia sua, et non gloriatur fortis in fortitudine sua, et non gloriatur dives in divitiis suis; sed in hoc gloriatur, qui gloriatur, scire, et nosse me:* No se glorie el sábio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas; sino en esto se glorie, el que se quiere gloriarse, en saberme y conocerme á mí. Ese es el mayor de los tesoros, conocer, amar y servir á Dios, y ese es el mayor negocio que podemos tener; antes no tenemos otro negocio sino este; porque para eso fuimos criados, y para eso venimos á la Religion: ese es nuestro fin, y ese ha de ser nuestro paradero, y nuestro descanso y nuestra gloria.

Pues esta estima y aprecio de la perfeccion, y de las cosas espirituales que pertenecen á ella, querria se imprimiese muy de veras en los corazones de todos, y especialmente de los religiosos; y que unos á

otros nos ayudásemos y despertásemos á eso, no solamente con palabras tratando muchas veces de esto en nuestras pláticas y conversaciones ordinarias, sino muchas con el ejemplo de nuestras obras: que en ellas eche de ver el que comienza, y el que va adelante, y todos, que de lo que se hace caso en la Religion, es de las cosas espirituales, de que uno sea muy humilde, muy obediente, muy dado al recogimiento y oracion; no de que sea muy letrado, ni gran predicador, ni dotado de otros dones naturales y humanos, como nos lo dice nuestro bienaventurado Padre san Ignacio en las Constituciones, 10 part., § 2, reg. 19 *summarii.* Y desde el principio es menester que entiendan todo esto, y se vayan criando con esta leche, para que desde luego ponga cada uno los ojos y el corazon, no en salir gran letrado ó gran predicador, sino en salir muy humilde y muy mortificado, viendo que eso es lo que acá se estima, y de lo que se hace mucho caso, y que eso es en lo que dan los que están desengañados, y han caído ya en la cuenta; y que esos son los queridos y estimados de todos. No queremos decir que nos habemos de dar á la virtud por ser queridos y estimados, sino que viendo que esto es lo que se estima, y de lo que se hace mas caso en la Religion, caiga cada uno en la cuenta y eche de ver, que sin duda esto es lo mejor; esto es lo que me conviene; por aquí iré

acertado; quiero darme á la virtud, y tratar de veras de mi aprovechamiento; que todo lo demás sin esto es vanidad.

De aquí se entenderá cuánto daño pueden hacer los que en sus pláticas y conversaciones, todo su negocio es tratar de ingenios, habilidades y talentos, y de calificar al uno y al otro; porque cuando los mas mozos ven este lenguaje en los mas antiguos, piensan que eso es lo que corre y lo que acá se estima, y que por ahí han de medrar y valer, y ser tenidos; y así ponen la mira en eso, y va creciendo en ellos el apetito y estima de lo que es letras, habilidad é ingenio, y va descreciendo el aprecio y estima de lo que es virtud, humildad y mortificacion; y van haciendo poco caso de esto, en comparacion de lo otro, atreviéndose á faltar antes en esto que en aquello: de donde vienen muchos á malearse, y aun á faltar despues en la Religion. Mejor fuera tratarles de cuán importante y necesaria es la virtud y la humildad, cuán poco aprovechan sin ella las letras y habilidades, ó por mejor decir, cuánto dañan; y no engendrar en ellos con esas pláticas deseo de honra, y de campear y ser tenidos por buenos ingenios, y por grandes talentos, que suele ser principio de su perdicion.

Surio, en la vida de san Fulgencio Abad, trae un buen ejemplo á este propósito. Dice que este santo Prelado, cuando veia que al-

gunos de sus religiosos eran grandes trabajadores, y que no paraban en todo el día de servir y ayudar á la casa; pero veía, por otra parte, que en las cosas espirituales no eran tan diligentes, y que en su oración, lección y recogimiento espiritual no ponían tanto cuidado; á estos no los amaba ni estimaba tanto, ni le parecía que eran dignos de eso: pero cuando veía á alguno muy aficionado á las cosas espirituales, y muy cuidadoso de su aprovechamiento, aunque por otra parte no pudiese hacer nada en casa, ni servir de nada por ser flaco y enfermo; á estos dice que les tenía particular amor, y los estimaba mucho: y con razón, porque ¿qué hace al caso que uno tenga grandes partes y talentos, si no es obediente y rendido, y si el superior no puede hacer de él lo que quiere? Especialmente si de ahí toma por ventura ocasión para cobrar alguna libertad, y querer alguna exención; mas valiera que nunca tuviera esas habilidades y talentos. Si el superior hubiera de dar á Dios cuenta, si había tenido en su casa gente muy hacendosa y de grandes partes, fuera eso; pero no es eso de lo que ha de dar cuenta, sino del cuidado que tuvo que sus súbditos aprovecharan en espíritu, y fuesen cada día creciendo en virtud; y que conforme á las fuerzas y talentos que el Señor dió á cada uno, se empleasen en sus ministerios y oficios, no perdiendo por eso nada de su aprove-

chamiento; y de eso mismo también pedirá Dios cuenta al súbdito. Ciertamente, dice aquel Santo (1): «El día del juicio no nos preguntarán, qué leímos, mas qué hicimos; ni cuán bien hablamos, mas cuán honestamente vivimos.»

Había enviado Cristo nuestro Redentor á sus discípulos á predicar, y dice el sagrado Evangelio, que volvieron muy contentos y ufanos, diciendo: Señor, hemos hecho maravillas y milagros; aun hasta los demonios se nos sujetaban, y nos obedecían en vuestro nombre. Respóndeles el Redentor del mundo: *In hoc nolite gaudere, quia spiritus vobis subjiciuntur: gaudete autem, quod nomina vestra scripta sunt in caelis*: No pongáis vuestro contento y gozo en que haceis maravillas y milagros, y mandáis á los demonios, y os obedecen; sino gozaos y regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en el cielo. En adquirir y ganar el reino de los cielos habemos de poner nuestro contento y nuestro gozo; que ese otro sin esto no nos aprovechará nada: *Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animam vero suam detrimentum patiatur?* Matth. xvi, v. 26. ¿Qué le aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si es con detrimento de su alma?

Pues si esto decimos, y lo dice el mismo Cristo nuestro Redentor de las ocupaciones y ministe-

(1) Thomas de Kempis, lib. 1 de contemp. mund. cap. 3.

rios espirituales de ganar y convertir almas, que no por eso nos habemos de olvidar de nosotros; porque no nos aprovechará nada, aunque convirtamos todo el mundo; ¿qué será de las demás ocupaciones? No es razón que el religioso ande tan absorto y embebecido en los estudios, ni que se deje llevar tanto de las ocupaciones exteriores, que se olvide de su propio aprovechamiento, de su oración, del exámen de su conciencia, del ejercicio de la mortificación y penitencia, y que el postrer lugar tengan las cosas espirituales, y el peor tiempo sea para ellas, y que si algo se ha de dejar, sean ellas; porque eso sería vivir sin espíritu, y no como religioso.

Cuenta san Doroteo, que había hecho enfermero á su discípulo Dositeo, y él era muy diligente en su oficio; tenía mucho cuidado de los enfermos, las camas muy bien hechas, los aposentos muy bien aderezados, todo muy limpio y aseado. Yendo á visitar san Doroteo la enfermería, díjole Dositeo: Padre, viéname un pensamiento de vanagloria, que me dice: ¡Cuán bueno lo tienes todo! ¡Cómo se contentará de tí tu superior! Respondióle san Doroteo una cosa, con que le quitó bien la vanagloria. Muy buen servicial has salido, Dositeo: *Non tamen bonus, et probus effectus es monachus*. Muy buen enfermero has salido, y muy diligente; empero no has salido buen religioso. Pues procure cada uno

que no se pueda decir esto de él: Muy buen enfermero, ó muy buen portero habeis salido; pero no habeis salido buen religioso: muy buen estudiante, ó buen letrado, ó buen predicador habeis salido; pero no buen religioso; que no venimos acá á eso, sino á ser buenos religiosos. Esto es lo que habemos de estimar y procurar, y tener siempre delante de los ojos; y todas las demás cosas las habemos de tomar como accesorias y como por añadiduras, respecto de nuestro aprovechamiento, conforme á aquellas palabras de Cristo: *Querite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus; et haec omnia adjicientur vobis*. Matth. vi, v. 23.

De aquellos Padres del yermo leemos (1), que porque no podían estar siempre leyendo, ó meditando y orando, se ocupaban en el tiempo que les sobraba en hacer cestillas y otras obras de manos, por no estar ociosos; y algunos de ellos al fin del año ponían fuego á todo lo que habían hecho, porque no tenían necesidad de esto para sustentarse; sino solamente trabajaban por ocupar el tiempo y no estar ociosos. Así nosotros en lo que habemos de poner principalmente los ojos, es en nuestro propio aprovechamiento; y los demás negocios y ocupaciones, aunque sean con los prójimos, habémoslos de tomar al modo que tomaban aquellos santos Padres el hacer las ces-

(1) Refert Cassin. de abbate Paulo, libro 10, cap. 23.

tillas, no para olvidarnos y descuidarnos por eso de nosotros, ni para perder por eso un punto de perfeccion. Y así habemos de ir siempre en este fundamento, y tenerle como primer principio, que los ejercicios espirituales que tocan á nuestro propio aprovechamiento, los habemos de poner siempre en primer lugar, no dejándolos por ninguna cosa; porque esto es lo que nos ha de conservar, y llevar adelante en la virtud; y en faltando en esto, luego se nos echará de ver el desmedro. Y harta experiencia tenemos, que cuando no andamos como debemos, siempre es por haber aflojado en los ejercicios espirituales: *Arui cor meum; quia oblitus sum comedere panem meum.* Psalm. CI, v. 5. Si nos falta el mantenimiento y sustento del alma, claro está que habemos de andar flacos y descaecidos; y así nos encomienda esto mucho nuestro santo Padre, y nos avisa de ello muchas veces (1). Una vez dice: «El estudio, que tendrán los que están en aprobacion, y todos, debe ser de lo que toca á su abnegacion, y para crecer mas en virtud y perfeccion.» Otra dice: «Dén todos á las cosas espirituales tiempo, y procuren en devocion, cuanto la divina gracia les comunicare.» Otra: «Dén todos el tiempo que les fuere señalado á la oracion, meditacion y leccion, con toda diligencia en el

(1) S. Ignat. 3 p. Const. c. 1, § 27; et reg. II summarii Const. reg. 12 summar. reg. 1 communium.

Señor.» Y nótese aquella palabra: Con toda diligencia.

De aquí se verá, que por muchas ocupaciones que tenga uno de la obediencia y de su oficio, no es voluntad de los superiores que deje sus ejercicios espirituales ordinarios; porque no hay superior que quiera que uno quebrante sus reglas, y reglas tan principales como estas. Y así no pretenda nadie colorear y encubrir su imperfeccion y negligencia en los ejercicios espirituales con velo y capa de obediencia, diciendo: No pude tener oracion ó exámen, ó leccion espiritual, porque me ocupó la obediencia; que no es la obediencia la que impide eso, sino el descuido del particular, y la poca aficion que tiene á las cosas espirituales. San Basilio dice (1), que habemos de procurar ser muy fieles en dar á Dios los tiempos que tenemos señalados para la oracion, y para nuestros ejercicios espirituales, y si alguna vez, por alguna ocupacion forzosa, no pudimos tener la oracion ó el exámen á su tiempo, habemos de quedar con un hambre y deseo de suplirlo y restaurarlo luego lo mas presto que pudiéremos: como cuando nos falta la racion corporal de la comida, ó el sueño necesario, por haber estado toda la noche con un enfermo, confesando, ó ayudándole á bien morir; luego lo procuramos suplir, y no nos falta tiempo para ello. Esta

(1) Basil. serm. de Renuntiat. sæculi istius, et spirituali perfectione.

es la voluntad de los superiores, cuando ocupan á uno en el tiempo de sus ejercicios espirituales, por ser algunas veces menester; no por eso quieren que los deje, sino que los dilate, y los supla despues muy cumplidamente; conforme á aquello del Sábio: *Non impediatis orare semper.* Eccli. XVIII, v. 22. No dice: No impidas, sino, no seas impedido: no haya impedimento ni estorbo que quite el tener siempre tu oracion, y para el buen religioso nunca le hay; porque siempre halla tiempo para suplirlo y restaurarlo.

De san Doroteo se cuenta (1), que siendo hospedero, y acostándose muy tarde, y levantándose algunas veces de noche para dar recado á los huéspedes: con todo eso se levantaba con los demás á su oracion, y habia rogado á uno que le despertase, porque el despertador no lo hacia, por la ocupacion que sabia haber tenido; y aun no estaba del todo sano de unas calenturas. Este era buen deseo de no faltar á sus ejercicios espirituales, y no quedarse con cualquiera achaque, y despues andar desconcertado todo el dia. Y allí se cuenta tambien de un santo viejo, que vió un Ángel que incensaba á todos los que habian ido con diligencia á la oracion, y tambien los lugares vacíos de los que impedidos por obediencia faltaban; pero no los de los que por negligencia suya. Esto es bueno para consuelo de los

(1) S. Doroth. serm. seu doct. II in Bibliothec. Sanct. Patr. tom. 3.

que por ocupaciones de la obediencia no pueden acudir á su tiempo con los demás á los ejercicios espirituales; y para que procuremos de no faltar á ellos por nuestro descuido.

CAPÍTULO II.

De la aficion y deseo que habemos de tener á la virtud y perfeccion.

Beati qui esuriunt, et sitiunt iustitiam, quoniam ipsi saturabuntur. Matth. v, v. 6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia; porque ellos serán hartos. Justicia, aunque es nombre particular de una de las cuatro virtudes cardinales, distinta de las otras; pero tambien es nombre comun á toda virtud y santidad. La vida buena y virtuosa llamamos justicia, y al santo y virtuoso, decimos que es justo: *Iustitia rectorum liberabit eos,* dice el Sábio. Prov. XI, v. 6. Quiere decir: Su vida santa os librará; y así se toma en muchos lugares de la Escritura: *Nisi abundaverit iustitia vestra plusquam Scribarum, et Phariseorum.* Matth. v, v. 20. Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos, dice Cristo nuestro Redentor; que es decir: Si vuestra virtud, religion y santidad no fuere mayor. Y de la misma manera se entiende aquello que

dijo el mismo Cristo á san Juan Bautista, cuando rehusaba bautizarle: *Sic enim decet nos implere omnem justitiam.* Matth. v, v. 5. Así conviene para dar ejemplo de obediencia y humildad, y de toda perfeccion. De esta manera se toma tambien en las palabras presentes, pues dice Cristo nuestro Redentor: Bienaventurados los que tienen tanto deseo y aficion á la virtud y perfeccion, que tienen hambre y sed de ella; porque estos serán hartos, estos la alcanzarán. Y es esta una de las ocho bienaventuranzas que nos enseñó y predicó en aquel soberano sermón del monte. San Jerónimo sobre estas palabras dice: *Non nobis sufficit velle justitiam; nisi justitiam patiamur famem:* No basta cualquier deseo de la virtud y perfeccion; es menester que tengamos hambre y sed de ella, que podamos decir con el Profeta, Psalm. xli, v. 1: *Quem admodum desiderat cervus ad fontes aquarum; ita desiderat anima mea ad te Deus:* De la manera que el ciervo herido y acosado de los cazadores, desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea á tí, Dios mio.

Esta es una cosa de tanta importancia, que como comenzamos á decir en el capítulo pasado, de ella depende toda nuestra medra espiritual, y ese es el principio y el medio único para alcanzar la perfeccion, conforme á aquello del Sábio: *Initium enim illius verissima est disciplina concupiscentia,* cap. vi, v. 16. El principio para alcanzar la

sabiduría (que es el conocimiento y amor de Dios, en que consiste nuestra perfeccion) es un verdadero y entrañable deseo de ella, y la razon de esto es, porque, como dicen los filósofos, en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor y deseo del fin es la primera causa que mueve todas las otras á obrar; de tal manera, que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto es mayor el cuidado y diligencia que se pone para alcanzarle; y así importa mucho, que el deseo y aficion de la virtud y perfeccion sea grande, para que el cuidado y diligencia en procurarla y alcanzarla sea tambien grande.

Es tan importante y necesario para aprovechar que haya en nosotros este deseo, que nos salga del corazon, y nos lleve tras sí, y no sea menester andar tras nosotros en esto; que del que no tuviere esto, muy poca esperanza habrá. Pongamos ejemplo en el religioso, y cada uno podrá aplicar la doctrina á sí, conforme á su estado. Bueno y necesario es en la Religion el cuidado y vigilancia de los superiores sobre los súbditos, y menester es la reprehension y la penitencia; pero del que por eso hiciere las cosas, no hay mucho que fiar: porque eso cuando mucho podrá hacer que por alguna temporada, cuando andan sobre él, proceda bien; pero si esto no sale de allá dentro del corazon, del deseo verdadero de su aprovecha-

miento, no hay que hacer mucho caso de eso; porque no podrá durar.

Esta es la diferencia que hay entre las cosas que se mueven con movimientos violentos, y las que se mueven con movimientos naturales; que las que se mueven con movimientos violentos, como aquello nace de una fuerza é impresion ajena, cuanto mas van adelante, tanto mas van aflojando y enflaqueciendo, como cuando tirais la piedra hácia arriba; mas en las cosas que se mueven con movimiento natural, como cuando la piedra va á su centro, es al contrario, que cuanto mas va, mas ligeramente se mueve. Pues esta es tambien la diferencia que hay de los que hacen las cosas por temor de la penitencia y de la reprehension, ó porque les están mirando, ó por otros respetos humanos, á los que se mueven por amor de la virtud y por puro deseo de agradar á Dios: que aquello no dura sino mientras dura la reprehension y el andar sobre ellos, y luego se va cayendo; como refiere san Gregorio, *homil. 38 in Evang.*, de aquella tia suya Gordiana, que reprendiéndola las otras dos hermanas suyas Tarsila y Emilia, de la liviandad de sus costumbres, y porque no guardaba la gravedad que convenia al hábito de Religion que tenia, ella mientras duraba la reprehension, mostraba gravedad en su rostro, y parecia que lo tomaba bien; pero luego pasada la

hora de la reprehension y del castigo, perdía aquella fingida gravedad; y gastaba el tiempo en hablar palabras livianas, y en holgarse con la compañía de las doncellas legas que habia en el monasterio. Era como el arco flechado con una ricia cuerda, que en aflojándose ella, él tambien se afloja, y se torna á su primera postura: como no le salia del corazon, sino que era cosa violenta, no podia durar.

Este negocio de la perfeccion no es negocio que se ha de hacer por fuerza, ha de salir del corazon; y así dijo Cristo nuestro Redentor á aquel mancebo del Evangelio: *Si vis perfectus esse.* Matth. xix, v. 21. Si quieres ser perfecto; pero si vos no quereis, no bastarán todas las diligencias y medios que pueden poner los superiores para haceros perfecto. Esta es la solucion y respuesta de aquello que pregunta el glorioso san Buenaventura (1): ¿Qué es la causa, dice, que antiguamente bastaba un superior para mil monjes, y para tres mil, y cinco mil, que dicen san Jerónimo y san Agustín, que solian estar debajo de un superior; y ahora para diez, y aun para menos, no basta un superior? La causa de esto es, porque aquellos monjes antiguos tenian en su corazon un vivo y ardiente deseo de la perfeccion, y aquel fuego que ardia allá dentro les hacia tomar muy á pechos su propio aprove-

(1) Bonav. opusc. de perfect. Religios. lib. 1, cap. 39.

chamamiento, y caminar con grande fervor: *Fulgebunt justí, et tamquam scintilla in arundinetis discurrent.* Sapient. III. Con esta metáfora nos declara muy bien el Espíritu Santo la velocidad y ligereza con que caminan los justos por el camino de la virtud, cuando ha prendido este fuego en su corazón. Correrán, dice, como centellas de fuego por el cañaveral. Mirad con qué velocidad y ligereza corre la llama por un cañaveral seco, cuando prende el fuego en él; pues de esta manera corren los justos por el camino de la virtud, cuando están encendidos y abrasados de este fuego divino. Así lo estaban aquellos monjes antiguos; y por eso no tenían necesidad de superior para eso, sino antes para que les fuese á la mano en sus fervores: pero cuando eso no hay, no solo no bastará un superior para diez, sino diez superiores no bastarán para uno, ni le podrán hacer perfecto, si él no quiere: claro está eso; porque ¿qué aprovechará visitar la oración? Después que ha pasado el visitador, ¿no puede uno hacer lo que quisiere? Y estando allí de rodillas, ¿no puede estarse pensando en el estudio y en el negocio, y en otras cosas impertinentes? Y cuando va á dar cuenta de la conciencia, ¿no puede decir lo que quisiere, y callar lo que hace mas al caso, y decir que le va bien, no yéndole bien, sino mal? Que por demás es, si él no quiere, y lo desea de veras.

Aquí viene bien lo que respon-

dió santo Tomás de Aquino, preguntándole una vez una hermana suya, cómo se podría salvar: Respondió el Santo: Queriendo (1). Si vos quereis, os salvaréis; y si vos quereis, aprovecharéis; y si vos quereis, seréis perfecto. En eso está el punto de la dificultad, en que vos querais y deseais de veras, y os salga del corazón; que Dios de su parte muy presto está para acudirnos: y si eso no hay, todo lo que acá pueden hacer los superiores, será por demás. Vos sois el que habeis de tomar á pechos vuestro aprovechamiento; porque ese es vuestro negocio, y á vos os va en ello y no á otro, y á eso venisteis á la Religión. Y tenga cada uno entendido, que el día que aflojare en esto, y se olvidare de sí y de lo que toca á su aprovechamiento, y no tuviere cuidado de hacer bien hechos sus ejercicios espirituales, y un vivo y encendido deseo de aprovechar, é ir adelante en la virtud y mortificarse, ese día va perdido su negocio; y así nuestro santo Padre, al principio de las Constituciones y de las reglas, en el §. 1. nos pone esto por fundamento: «La interior ley de la caridad y amor, que el Espíritu Santo escribe, é imprime en los corazones, es la que nos ha de conservar, regir y llevar adelante en la vida comenzada del divino servicio.» Este fuego de amor de Dios, y el deseo de su mayor honra y gloria, es el

(1) Part. 1, lib. 3, cap. 37 histor. Prædicator.

que nos ha de estar siempre solicitando para subir é ir adelante en la virtud.

Cuando hay de veras este deseo en el corazón, él hace que pongamos diligencia y cuidado para alcanzar lo que deseamos; porque nuestra inclinación es muy industriosa para buscar y hallar lo que desea, y nunca le faltan medios para ello, y por eso dijo el Sábio, *cap. VI, v. 18*, que el principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo de ella.

Y mas, esto de salir la virtud del corazón trae consigo otro bien, que es lo que hace tan eficaz este medio; y es, que hace fáciles y suaves las cosas, por muy dificultosas que sean de suyo. Sino, decidnos: ¿Por qué se os hizo á vos tan fácil el dejar el mundo y entrar en Religión, sino porque os salió del corazón? Os dió el Señor una voluntad y afición grande á eso, que fue la gracia de la vocación: quitóos la afición á las cosas del mundo, y púsoosla á las cosas de la Religión; y con eso se os hizo fácil. Y ¿por qué á los que se quedan allá en el mundo se les hace eso tan dificultoso? Porque no les ha dado Dios esa voluntad y afición que os dió á vos: no los ha llamado Dios, como ellos dicen, ni hecho esa gracia de la vocación. Pues así como para entrar en la Religión os lo facilitó la voluntad y el deseo grande que tuvisteis de eso, que no bastaron vuestros padres y parientes, ni

todo el mundo para apartaros de ello; así tambien para aprovechar en la Religión, y para que sus ejercicios se os hagan fáciles, es menester que dure esa voluntad, y mientras durare, se os harán fáciles; pero en faltando, todo se os hará dificultoso y cuesta arriba. Esta es la causa por que nos hallamos algunas veces tan pesados, y otras tan apurados: no eche nadie la culpa á las cosas, ni á los superiores, sino á sí, y á su poca virtud y mortificación. Dice el Padre maestro Ávila en el Epistolario, 1 *part. epist. 2*: «Un hombre sano y récio fácilmente levanta una arroba de peso; pero un enfermo, ó un niño, dice: ¡Ay cómo pesa!» Esa es la causa de nuestra dificultad, que las cosas las mismas son, y en otro tiempo se nos hacían fáciles, y no reparábamos en ellas; en nosotros está la culpa, que habiendo de ser varones, y haber crecido en perfección, *in virum perfectum*, como dice san Pablo, somos niños en la virtud, y habemos enfermado y aflojado en aquel deseo de aprovechar, con que entramos en la Religión.